

## EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DEL LIBERTADOR EN MEXICO

### BOLIVAR VUELVE A MEXICO\*

Por J. L. SALCEDO-BASTARDO

En una fecha grande para la nacionalidad latinoamericana, plantamos en el vivo corazón de la región más transparente la imagen señera de un arquetipo continental, padre de patrias múltiples, hijo de Caracas y espíritu preclaro enaltecido con la gloria de ser ciudadano de México.

Exactamente hace ciento cincuenta años —día, mes y hora— en Panamá, prendía al fin la llama efectiva de la unidad latinoamericana. Allí, en nuestro Corinto, cristalizaba la primera manifestación del ideal integracionista. Tras mil dificultades, proporcionales a la magnitud del ingente empeño, se materializaba la iniciativa que varones alertas de todo el hemisferio habían contribuido a animar, y que en el pensamiento y la voluntad de Simón Bolívar fue razón sustancial de su trabajo heroico.

No vive esta convulsa América en el limbo de un espacio sin memoria, ni su acontecer actual resulta de una simple casualidad. Existimos como una rama nítida de la familia humana y nuestro carácter es inconfundible en el proceso de los tiempos. De Francisco de Miranda y de muchos que los siguen en una vanguardia soberbia de luces precursoras, hasta el estelar instante de Lima —en vísperas de Ayacucho— cuando el Libertador convoca el Congreso Anfictiónico, va toda una crónica de esfuerzos generosos y persistentes en pro de la unidad latinoamericana.

Bien alto hay que decirlo: la independencia política en América no fue un acto fortuito ni una concesión graciosa de algún monarca comprensivo. Fue el justo premio, sí, de sublimes sacrificios, articulados en campañas y jornadas que atesora con orgullo el acervo de la epopeya común de nuestros pueblos. Allí —de abajo arriba— se cuentan las empresas de San Martín, Sucre, Bolívar, Santander, Morelos y muchos más, y todos los patriotas que en Brasil, Centro América y el Caribe, lucharon por la autonomía, por la democracia y la fraternidad. Desde semejante perspectiva el Congreso instalado un día como éste, en 1826, constituye un intento de necesaria e imperiosa recordación.

Breve, accidentado y hasta decepcionante, fue aquel primer contacto: Nun-

---

\* Discurso en la inauguración de la estatua del Libertador en México el 22 de junio de 1976.

ca antes se habían visto congregados nuestros recién nacidos países en tan personal y numerosa diversidad. La inmadurez conspiraba contra el éxito del motivo. Enfrentados al deber de fundar una política para la paz, cuando ya la guerra había cesado en su virtud aglutinante, los sectores encumbrados reeditaban los viejos sentimientos locales con el ropaje de flamantes nacionalismos todos excluyentes. El 15 de julio de 1826 se suspendieron las labores del Congreso que después en Tacubaya quedaría adormecido. En ninguno de los gobiernos de aquella época, es preciso indicarlo, hubo la comprensión adecuada al vasto objetivo por alcanzarse. Pero, aunque desnaturalizado y trunco el propósito que debía concluir en el entendimiento a fondo de Latinoamérica, un precedente quedaba fundado: la posteridad, vale decir, nosotros, nuestros hijos y sucesores, dispondríamos de una fecha cargada de doctrina para contar desde ella las penalidades del aislamiento, y para cimentar en torno a ella la decisión del nuevo y auténtico destino.

A retomar el hilo de la historia que pudo ser, aquí venimos con una limpia conciencia autocrítica que esperamos nos salve de la perniciosa reincidencia en el error y nos impulse definitiva y ciertamente a la grandeza.

En esta efemérides de Latinoamérica, viene Bolívar otra vez a México. Aquí lo tenemos enérgico y de bulto, peregrino avisado a través de la perennidad de sus testimonios. Regresa entero, vigente y visionario, en el voto hoy tan actual como siempre, que a nombre de las cuatro patrias colombianas a su cuidado, él dirigiera —allá por agosto de 1828— al “grande buen amigo y fiel aliado” el presidente de este México sin mancha: “Colombia —prometía Bolívar— no existirá nunca de la Confederación Americana que debe ser tan ventajosa a todas las naciones de este continente para asegurar su independencia, y uniformar su política estrechando sus relaciones; y contando con los esfuerzos de su aliada, hermana y confederada, la República de los Estados Unidos Mexicanos, no dejará de promover en mejores días y en más felices circunstancias la reunión de plenipotenciarios que debe tratar de nuestros comunes intereses. Felizmente —añadía él— esa reunión no es necesaria para mantener las relaciones que existen, y que jamás serán interrumpidas, entre nuestros respectivos países, porque ellas se fundan en los tratados existentes y en nuestros deseos inalterables de que nuestra amistad y alianza sean firmes, perpétuas y eternas si es posible”.

En honor de esas palabras, adherimos al juicio por leal responsabilidad de que ningún tributo a los héroes se equipara a la satisfacción real del deber de plasmar sus postulados. Para la memoria significada en esa escultura airosa, son nimiedades sin consistencia la retórica, las flores, los desfiles, las superficialidades de un convencional acatamiento, si ese montón de homenajes no se acompaña con siquiera un átomo de sinceridad integracionista, de fe resuelta a favor de la democracia, de voluntad jurada a la defensa de la libertad como bien supremo, de adhesión irrestricta a la igualdad como ley de las leyes, de terca búsqueda de la justicia práctica como razón de los sistemas políticos servidores del hombre y en los cuales el hombre no es espectador sino participante primordial.

Ciento cincuenta años transcurridos a partir de la suspensión de aquellas tareas, todavía inconclusas, es tiempo más que suficiente para cuajar una determinación que recoja del pasado así la advertencia de los fracasos, por confusión sobre las metas y por la negatividad de los antagonismos militantes, como lo

estimulador y promisorio de los modestos pasos que en el camino de la armónica solidaridad se han cumplido.

En la actual conmemoración del sesquicentenario del Congreso de Panamá, las graves urgencias del universo nos imponen volver a los ideales originarios de aquella cita de naciones. Nuestra unión no es cuestión para corto plazo. No ha de agotarse en los asuntos que hoy por hoy nos afectan aunque por este tiempo mucho importen. Si la geografía nos ha aproximado para siempre, si el mestizaje nos identifica como una fraternidad entrañable, y si el fluir de la historia nos ha labrado un preciso contorno cultural, hay un futuro de horizontes esperanzadores abierto a la posibilidad regia de nuestra fuerza múltiple y cohesionada, a la medida de las enormes perspectivas de nuestra capacidad y constancia.

Tal es el valor de esa estatua —prueba maciza y ostensiva de fe en la unidad, y compromiso para persistir en el empeño de hacerla tangible— que en nombre del Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, tengo el alto honor de entregar para que la guarde el afecto del gobierno y pueblo mexicanos. Sabemos que el encargo, referido al cariño de esta nación ejemplar es más que fácil. Bolívar quiso a México: en sus sueños, lanzado al mañana, él lo anteveía con su Colombia grande ante la faz del mundo, “asidos de la mano, y aún más por el corazón. En la desgracia la suerte nos unió, el valor nos ha unido en los designios, y la naturaleza nos dio un mismo ser para que fuésemos hermanos”.

Además, cómo olvidar que aquí, en esta urbe imponente, despuntó la personalidad política de quien habría de ser el caraqueño máximo. Tenía Simón Bolívar quince años apenas cuando, en la casa del Virrey de Azanza, se produjo el diálogo incómodo de la revelación presagiosa —conocido a través del historiógrafo Felipe Larrazábal quien tomó el testimonio de fuente directa—: “El Libertador (ya adulto) recordaba que las preguntas del Virrey habían sido sobre los movimientos de insurrección que se habían sentido en Caracas. Yo he olvidado completamente las palabras —decía Bolívar— pero recuerdo que defendí sin concertarme los derechos de la Independencia de América”.

Bolívar amó a México con la pasión que es común en todos los venezolanos hacia este suelo de excelencia. Y cuán grato es reconocer y proclamar que México muy digno correspondió a Bolívar. El bronce que hoy sembramos en esta plaza espléndida es el de un ciudadano de esta nación bendita. Tal carácter le confirió aquí mismo el Congreso Constituyente el 13 de marzo de 1824 a proposición del egregio Servando Teresa de Mier. Este fundamentó inspirado el homenaje diciendo: “Hay hombres privilegiados por el cielo para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre solo es el mayor elogio. Tal es el excelentísimo señor don Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia, Gobernador Supremo del Perú, llamado con razón El Libertador, admiración de la Europa y gloria de la América entera. Por sus tratados de íntima alianza entre todas las Repúblicas de América, ya es y merece ser ciudadano de todas”. Por tanto pedía el ilustre revolucionario a la asamblea de sus compatriotas que declarase solemnemente a nuestro prócer, “ciudadano de la República de México en lo que creemos recibir aún más honor —decía— que el que a él pueda conferirle este título”. Con su entusiasta magnanimidad concluía Fray Servando en que, dados “los servicios patrióticos, valor y virtudes del héroe”, para tal reconocimiento no se exigiesen “las fórmulas comunes; aquí todo debe salir de lo ordinario y supo-

nemos que la aclamación unánime del Soberano Congreso de Anáhuac es la sola vía digna del héroe inmortal que se va a declarar ciudadano de la República Mexicana. El diploma y la manera de entregarlo —insistía— serán igualmente dignos del Ciudadano y de la magnificencia de su nueva patria”.

Repasando el repertorio de la fértil relación sentimental México-Bolívar y Bolívar-México, me place recordar que hace seis lustros inauguró esta capital la primera estatua ecuestre del Libertador. Regía los destinos de mi país el estadista de mayor proyección en su historia política del segundo tercio de esta centuria: don Rómulo Betancourt. Se encomendó entonces la oración de la ofrenda a un hijo excepcional del oriente venezolano quien desde este noble México, en el paréntesis de un exilio infeliz, hubo de emprender viaje a la eternidad: el poeta Andrés Eloy Blanco. Evoco en esta hora el verbo radiante del artista, del político y del hombre que, galano y gallardo, recio y leve, presentó nuestra insignia al amor de los mexicanos. En su discurso del orador enumeraba las versiones contrapuestas de ese hombre del caballo, incansable hacedor de pueblos: “Unos tenían el Bolívar de oro que servía para comprar conciencias, y otros el Bolívar de mármol, bien muerto, tan bien muerto que daban ganas de darle el pésame a la tierra por la defunción de la piedra; para otros, era el Bolívar de nieve, inaccesible, como los páramos. Pero el pueblo hizo el Bolívar de pan para sus hambres, el Bolívar de cristal para sus espejismos y el Bolívar de aire para sus agonías”.

En este día regresa Simón Bolívar a la villa colosal del águila y el nopal emblemáticos, que ofrece a su figura más suntuoso emplazamiento. Retorna en la admirable concepción del maestro de escultores Pietro Canónica, y su vuelta llena el objeto de invitarnos a transitar con él la amplitud del sendero que con sus acciones y palabras él abriera. A ustedes mexicanos que lo reciben, a nosotros venezolanos que lo ofrecemos, y a todos latinoamericanos que lo seguimos: él nos muestra en la elocuencia pródiga del árbol de bronce andante aquí erguido, la ruta de la unidad, de la cooperación y de la sincera, segura, promisoría e invencible solidaridad.

El Presidente Carlos Andrés Pérez me ha encargado muy especialmente traer ante México la prenda de su simpatía y de su conmovido afecto y gratitud. Todavía en su corazón de político de América, soldado de la causa integracionista, está fresca la espontánea alegría de la acogida que esta nación le dispensó en su visita de marzo del año anterior. En particular le satisfacen y le honran la amistad, y la identificación en líneas fundamentales, con el Excelentísimo Señor Presidente Luis Echeverría Álvarez, renombrado propulsor de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados.

Para esta hora de íntima compenetración de nuestras patrias, e intacto en la nobleza del renovado encargo, yo quiero que resuene jubiloso el eco vibrante de Andrés Eloy Blanco, acendrado en seis lustros cabales: “Pueblo de México aquí te dejamos tu Bolívar de bronce; hecho de hoy para mañana, tiene el olor de las muchedumbres costeras, tiene el aroma de las altas latitudes montañosas, tiene el perfume de las profundas llaneras. Hazlo bien tuyo, útil y familiar. Hazlo tuyo, de tierra, de cristal, de aire, de pan, de luz, hazlo de modo que puedas pasar todo por dentro de la estatua. Y con tu Hidalgo, tu Morelos, tu Juárez, tu Madero, tu Obregón, con tus héroes y con tus apóstoles, dale oficio de trabajador

a cada estatua. Mil estatuas que tengas, mil bronce que poseas, sean las mil campanas de tu Cholula histórica; de bronce a bronce, sacude tus efigies a la hora de tus grandes somatenes; y cada vez que se reclame una convocatoria del espíritu americano, como el badajo de las campanas, repique el corazón de las estatuas”.

Hacemos buena la pauta que es consejo iluminado del poeta. Esta vez, a siglo y medio del Congreso Anfictiónico, reclamamos otra convocatoria del espíritu americano. Por eso procuramos a Bolívar, por eso lo invocamos y le pedimos la magia de sus sístoles y diástoles que nos pongan en pie de paz para la unión. A él volvemos y a sus pares de gloria, que en cada uno de nuestros pueblos existe uno, todos los cuales juntos forman el coro de la mejor conciencia continental, a decirles que no demoraremos el hacer de América Latina “una nación de repúblicas”. La comunidad latinoamericana, sobre el valor y la trascendencia de nuestra compactación, levanta hoy un manojito de banderas prioritarias: por la restitución a los pueblos, en los hechos, el derecho y la concordia, de las libertades conculcadas; por la soberanía completa de Panamá sobre su territorio; por la erradicación de los enclaves colonialistas; por el mar que a Bolivia se debe; por que nos alumbre a todos la justicia; por una cultura de la paz para el desarrollo; y por el éxito de iniciativas prácticas como el SELA que con el poder pleno de nuestra general participación afiancen la libertad económica de todos y reafirme la independencia política, aquella que fruto fue de abnegación y de coraje, como fruto de abnegación y de coraje tiene que ser lo que América Latina espera de sí en el curso, quizá lento pero ineluctable, de su ascenso a ser “la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”.

Aquí queda para México el símbolo dinámico de una hermandad robusta, en empuje de metales sonoros que galopan hacia el mañana que hoy empieza, henchidos con la gracia y la razón de la unidad solidaria entre nuestras naciones.

\* \* \*

### Apéndice

#### DISCURSO DEL DR. SERVANDO TERESA DE MIER EN EL CONGRESO CONSTITUYENTE MEXICANO PIDIENDO QUE SE CONFIERA A BOLIVAR EL NOMBRAMIENTO DE CIUDADANO HONORARIO DE MEXICO

Señor:

Hay hombres privilegiados por el cielo para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre solo es el mayor elogio. Tal es el héroe que en los fastos gloriosos del Nuevo Mundo ocupará sin disputa el primer lugar al lado del inmortal Washington: Por esta señal inequívoca todo el mundo conocerá que hablamos de aquel General que contando las victorias por el número de los combates, destrozó el envejecido cetro peninsular de Venezuela, su patria, en Cartagena, Santa Martha, Cundinamarca, Quito y Guayaquil, con las cuales formó la

inmensa República de Colombia. Hizo más: se venció a sí mismo, depuso voluntario su espada triunfante a los pies de los padres de la patria que reuniera para constituir la y se constituyó su primer súbdito, rehusando con empeño todo mando; de aquél hablamos que reasumiéndolo por obediencia, sin ficción, está ahora triunfando en el país de los Incas, de las últimas esperanzas de la soberbia española; de aquel hablamos, en fin, a quien las Repúblicas de la América Meridional unas tras otras, han nombrado sin miedo su dictador, porque el cúmulo eminente de sus virtudes aleja toda sospecha de abuso y despotismo. Tal es el excelentísimo señor don Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia, Gobernador Supremo del Perú, llamado con razón El Libertador, admiración de la Europa y gloria de la América entera. Por sus tratados de íntima alianza entre todas las Repúblicas de América, ya es y merece serlo ciudadano de todas. Pedimos, pues, que vuestra soberanía declare solemnemente que lo es de la República de México en lo que creemos recibir aun más honor que el que a él pueda conferirle este título; por lo mismo haríamos agravio a Vuestra Soberanía altamente penetrada de reconocimiento y estima por los servicios patrióticos, valor y virtudes del héroe, si para tal declaración exigiésemos las fórmulas comunes; aquí todo debe salir de lo ordinario y suponemos que la aclamación unánime del Soberano Congreso de Anáhuac es la sola vía digna del héroe inmortal que Vuestra Soberanía va a declarar ciudadano de la República Mexicana. El diploma y la manera de entregarlo serán igualmente dignos del Ciudadano y de la magnificencia de su nueva patria.— México, 13 de marzo de 1824.

*Servando Teresa de Mier. Márquez. Gómez Fariás. Osores. Barbabosa. Argüelles. Guerra (José Basilio). Zaldívar. Rodríguez. García Valle. Paredes. Paz. Jiménez. Marin. Seguin. Tirado. Gordoia (Luis Gonzaga). Solórzano. Ahumada.*

Se acordó tomarla desde luego en consideración y fue *aprobada*, mandándose que por lo tocante al diploma y manera de entregarlo, informe la comisión de puntos constitucionales.

(“El Sol”, México, 18 de marzo de 1824).